

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

NOVELAS

ZAMA

EL HACEDOR DE SILENCIO

LOS SUICIDAS

EL PENTÁGONO O ANNABELLA

CUENTOS

CABALLO EN EL SALITRAL

ABSURDOS

EL JUICIO DE DIOS

GROT O CUENTOS CLAROS

MUNDO ANIMAL

DECLINACIÓN Y ÁNGEL

TWO STORIES

EL CARIÑO DE LOS TONTOS

Es un honor para mí que
mi obra printing en Barcelona
en Buenos Aires haya encontrado
la oportunidad de viajar
a través del Gran Intero
Estable Montevideo

Asensio

1986

Narradores argentinos actuales

Más allá de sí mismo

"Cuentos del exilio"

Por Antonio Di Benedetto
(Bruguera)

ESTOS "Cuentos del exilio", de Antonio Di Benedetto, uno de nuestros más eficaces cultores del género, no se refieren de modo directo a experiencias relativas al involuntario exilio impuesto al autor, lo que si bien acrecentaría su valor testimonial, supondría desde el punto de vista estrictamente literario una no aconsejable ventaja. Aluden con dramática intensidad a un inverificable desplazamiento más allá de sí mismos que aqueja a cada uno de sus protagonistas, hermanándolos así con su autor, en perpetuo desencuentro con el propio ser en un imocultable (¿y por qué ocultarlo?) parentesco kafkiano.

Sueño y vigilia, no siempre de fácil diferenciación entre sí, son hábilmente manipulados en difusas equivalencias expresivas. Uno de sus más cabales ejemplos puede verse en "Orden de matar". Su protagonista sueña que recibe, muy burocráticamente, es decir, con impersonal desdén, el orden de asesinar a alguien que ignora quién es. Crece la angustia porque el sueño se reitera, ya convertido en pesadilla a la cuarta noche, en la que solicita "muy

humildemente" - como si estuviese en una auténtica mesa de entradas- que el tal sueño sea transferido a otra persona, puesto que debe haber algún error al atribuirse a él. "No hay tal error", le dice el funcionario. "Sin embargo, si usted no está de acuerdo, lo consideraremos."

En la quinta noche, el señor de Salta 1410 -que es como lo identifica, despersonalizándolo el relator- duerme tranquilo, liberado de su pesadilla que, por lo visto, ha sido transferida al sueño de su vecino, codificado como el "hombre de Salta 1422". Con eficaz economía narrativa, abrevia: "Tempranito, en la tarde, el hombre de Salta 1422 mata al señor de Salta 1410".

Abundan los sueños, e incluso los sueños donde se sueña que se sueña, en este libro, desde el del "El hombre sueña que está soñando que el guardián no le concede reposo. El guardián lo despierta, con un violento zamarreo y la admonición: "¿Conque durmiendo? ¡Arriba, que es de día!"

O su equivalente, el del hombre que ha caído en el fondo de un pozo: "Pero no se muere, se duerme, y entonces sueña que él es un hombre que ha caído en un pozo".

Pero su insistencia onírica no siempre se prevale de consecuencias trágicas, e inclusive alcanza innegable validez humorística en el brevísimo cuento "La seducción".

"El hombre logra en sueños lo que no logró despierto: seducir a una mujer carnal, perfumada y esquiva. Lo despierta un golpe en las costillas: la esposa que duerme con él le ha hundido el codo en el costado. Ha soñado que el marido se ha dejado seducir por una mujer carnal, perfumada y esquiva, a quien ella no conoce."

Lo más gracioso en esta peligrosa transfusión marital de sueños es que el pobre marido tampoco conocía a esa mujer carnal, perfumada y esquiva, desde siempre soñada...

No siempre necesita Di Benedetto recurrir a lo irreparable de la muerte para alcanzar el efecto desolador del exilio de sí mismo. Inclusive, diría que con paradójica eficacia se acrecientan sus desoladores efectos cuando prescinde de ese definitivo punto final y abandona a sus personajes en el limbo imprecisable de sus propias indeterminaciones. En ese sentido, "Recepción", otro de los notables aciertos de este volumen, puede servir de ejemplo. Está escrito en primera persona, pero sin referencia alguna acerca de quién pueda ser esa persona. Va de visita a casa de -se supone- antiguas amistades que festejan "algo" en su jardín, también despersonalizador: "Me acerco a algunos. Como el jardín es vasto y tiene macizos y canteros altos y están dispersos, no abarco con la mirada a todos los que participan". Aparte de esa plural ajenidad, se le re-

cibe con digna cortesía distanciadora. Un breve atisbo de memoria aumenta su perplejidad:

"Recobro vagamente algo que ocurrió en otro momento, que me concierne, sin darme cuenta cabal de qué es lo que fue."

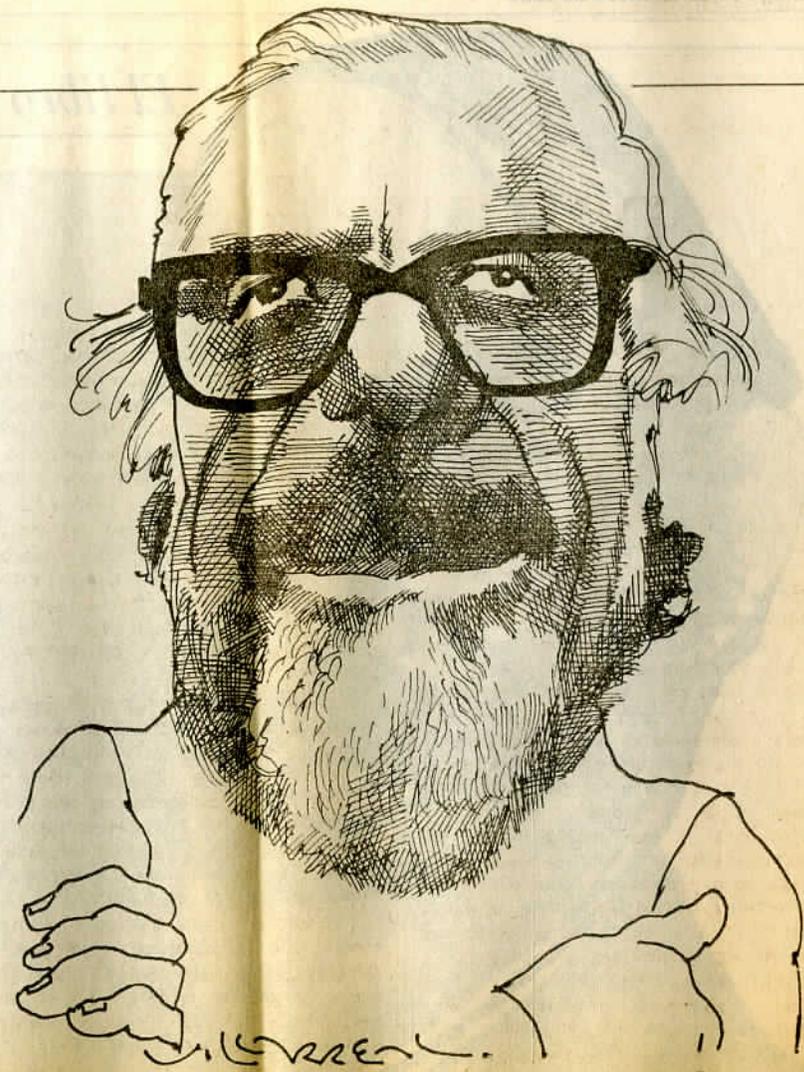
Trata de reencontrarse sumándose de algún modo a la concurrencia y toma un vaso de los que pasan ofreciendo los camareros para arriesgar un brindis, pero se da cuenta de que es el único que se ha servido. "Me siento incómodo, con el vaso, yo solo, y desconozco si corresponde que lo lleve a los labios."

Su impulso social ha empeorado las cosas. Se despide, y nadie intenta retenerlo ni lo acompaña, y termina el cuento con estas palabras: "Antes de darme cuenta que ya me he retirado, noto que me voy yendo, que estoy lejos, camino solo".

El advertido lector añade el inevitable sobreentendido a ese "que me voy yendo", "como quien se desangra" del ahijado de Don Segundo. Porque siempre hay un pregusto de muerte en esos primeros pasos hacia el peor de los exilios, donde se teme verse desamparado, incluso, de la propia soledad. (234 páginas.)

Eduardo González Lanuza

(c) LA NACION



Antonio Di Benedetto